



1° SIMPOSIO INTERNACIONAL “LA ÉTICA EN EL CONOCIMIENTO” *Mesa redonda “Ética en la Acción Política”*

“ÉTICA, CONOCIMIENTO, RESPONSABILIDAD Y NO DISCRIMINACIÓN”

Dr. Pedro Mouratian (Argentina) ¹

Punta de Vacas, 13 de Noviembre de 2008

Hablar de ética, conocimiento, responsabilidad y diversidad nos obliga hacer un ejercicio histórico y una serie de preguntas políticas. En esta comunicación comenzaré con una reflexión para luego plantear una serie de interrogantes a los que creo que todos y todas los y las aquí presentes estamos colaborando a dar respuesta.

¿De qué hablamos cuando hablamos de diferencia? ¿De qué modo nos obligan las diferencias culturales, de género, edad, apariencia física, entre otras, a pensar nuestra responsabilidad individual y colectiva frente a los distintos desafíos que nos plantea la convivencia y la globalización?

Lo que llamamos diferencia no es algo nuevo. En la historia de la humanidad encontramos miles de ejemplos de los modos en que distintos grupos han considerado diferentes a otros u otras por alguna característica.

Y estas designaciones “externas”, ya que pocas veces consideró los modos de autodesignación de los propios colectivos, fueron hechas bajo distintos modos de violencia. El “externo” o la “externa” a la propia comunidad fue considerado un “bárbaro”, un “salvaje”: personajes de costumbres impropias para el grupo invasor o receptor.

En este sentido, las creencias religiosas fueron catalizadoras tanto de las nociones de sentido común discriminatorias, como de la autoorganización de los grupos excluidos a la hora de resistir el rechazo, la discriminación y la represión. En este marco, los grupos discriminados a lo largo de la historia por razones religiosas, étnicas, genéricas, sexuales o de otra índole, tienden a poner entre paréntesis las pretensiones de universalidad de los grupos o naciones, que consideran cumplir con el catálogo del humano “real” o “verdadero”, que por siglos coincidió con la imagen y semejanza de un dios.

En este marco, consideramos que la diferencia no es un dato de la realidad, sino una construcción hecha en base a valoraciones éticas y de conocimiento y atravesada por relaciones de poder. Con esto no pretendo decir que no haya diferencias reales en el mundo, sino que lo definitivo a la hora de pensar la política y la ética debemos atender como leemos esas diferencias, es decir, como ayudamos a construir esas diferencias.

Valga como ejemplo el modo en que los colectivos afrodescendientes se han autodesignado, a partir de la acumulación de luchas por sus derechos a lo largo de siglos de esclavitud, pobreza y exclusión. Como todos y todas sabemos, los descendientes del continente africano fueron designados “externamente” como negros. Sin embargo, si queremos ser realistas, esta designación es errónea, ya que el color de piel no es exactamente negro, sino que los africanos y las africanas varían su color de piel en tonalidades de marrón. Es alrededor de esta descripción pseudocientífica sobre la negritud, que se construyó el dispositivo discursivo del racismo, que llegó a convencer a millones de personas sobre la existencia de diferencias “reales”, que en verdad sólo fueron construcción ético-políticas, para justificar el racismo y con él la explotación colonial y la expansión de varios imperios occidentales. El racismo biologista es una expresión acabada, y por suerte hoy en descrédito, de una concepción gnoseológica violenta que impuso, y aún impone en círculos minoritarios, una serie de prejuicios justificatorios de la exclusión.

¹ Vicepresidente del Instituto Nacional Contra la Discriminación, el Racismo y la Xenofobia (INADI), desde septiembre del 2006 a la actualidad.

Miembro de la Mesa Directiva de la APDH (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos).

Fue Secretario de la Asociación Cultural Armenia (2003 al 2006), Director Regional del Consejo Nacional Armenio de Sudamérica (1993 al 2006) y Miembro del Consejo Asesor del INADI (2002 al 2006).



En la historización de la comunidad afroargentina, Pablo Solomianski nos habla de las “epistemologías invertidas” como aquellas construcciones ético-discursivas, en las que quien tiene la palabra para definir a los grupos diversos no son las personas afectadas por esa designación, sino los grupos dominantes en esa relación de conocimiento. En este sentido, las “epistemologías invertidas” son verdaderos sistemas que construyen y justifican los modos de relación asimétricos entre grupos sociales. Consideraciones en torno a las capacidades laborales, nivel intelectual, costumbres sexuales o hábitos de comportamiento, no deben considerarse como categorías asépticas en los discursos antropológicos, históricos o éticos, sino como nociones que forman parte de economías de discursos opresores en el marco de empresas coloniales, imperialistas y de otras formas de exclusión, y que legitiman un orden social, político y económico del poder.

Es así como podemos leer en el llamado texto fundacional de la literatura argentina, El Matadero de Esteban Echeverría, una descripción de supuestos y supuestas afrodescendientes (de negros y negras habla el texto) peleándose por vísceras de ganado. Toda una operación literaria que refleja una serie de consideraciones culturales y éticas del grupo dominante, que desprecia a los sectores populares por su identificación a las banderas del rosismo en el Buenos Aires del siglo XIX.

Contra estas “epistemologías invertidas” justificatorias y reproductoras de violencia en base a construcciones gnoseológicas y éticas, reaccionaron distintos grupos sociales. En estas estrategias de resistencia fue y es necesario volver a pensar la relación entre conocimiento, ética, diversidad y responsabilidad, ya que como funcionarios y funcionarias del Estado, pero también la sociedad civil en su conjunto: docentes, investigadores e investigadoras, activistas sociales y políticos y ciudadanos y ciudadanas, necesitamos aprender a reconocer que en nuestras relaciones con los denominados otros y las denominadas otras, se interpone una serie de prejuicios contra los que trabajamos.

Valga también como ejemplo, el modo en que la mayoría del movimiento de la diáspora africana reconsidera su autodesignación. Como ustedes saben, la *Conferencia mundial contra el racismo, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia*, celebrada en la ciudad sudafricana de Durban, decidió renombrarse como movimiento afrodescendiente, salvo el movimiento de Brasil y EE.UU. que logró resignificar en sus países la noción de “negritud” y revalorizar así el término. En nuestro país, las organizaciones optaron por la noción de “afrodescendencia”, como un modo de obligar a repensar en la relación que se tiene con ellos y con ellas, así como los distintos modos de discriminación que se ejercen de manera sistemática y cotidiana. La decisión del movimiento afro pone en primer plano lo que hoy estamos discutiendo aquí, es decir, la relación entre las éticas como los sistemas de valor y las justificaciones que reproducen conductas.

En este punto se pone en evidencia la responsabilidad individual y colectiva que nos compete: el trato con el otro y la otra desde el momento mismo que está mediado por la palabra, ya está marcado por un dispositivo de valorización y exclusión. Y es aquí donde el Estado, como ejecutor de políticas públicas, debe velar por la inclusión de los grupos vulnerados a lo largo de la historia, de manera de garantizar su reconocimiento, visibilización y el ejercicio de sus derechos. Ello implica también escrutar acerca de estigmatizaciones que valorizan negativamente a un grupo y lo desempodera de derechos, exhibiéndolos a partir de una supuesta naturalidad o habilidad y, simultáneamente, se ocultan sus reales condiciones de existencia marcadas por la exclusión, la discriminación y hasta, en muchos casos, la muerte.

La “mercantilización de la diferencia” es la contracara de la moneda corriente de la discriminación. Esta estrategia es común en los medios masivos de comunicación, en lo que se suelen exponer a personas en función de su origen étnico, nacionalidad, orientación sexual o identidad de género, pero paralelamente se ocultan sus condiciones de existencia marcadas por la exclusión y discriminación. Ya no es extraño acceder a través de la TV a historias de vida, testimonios o personajes de ficción que pertenecen a algún grupo vulnerable, pero en esta exhibición poco se habla de las situaciones reales y concretas de pobreza y marginación a la que son expuestos dichos grupos.



Es en función de estas consideraciones, que el Plan Nacional contra la Discriminación (PNcD), elaborado y aplicado en la actualidad por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) dependiente del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Presidencia de la Nación, realizó un diagnóstico a partir de las consideraciones de los propios grupos discriminados. Es decir, tanto en el diagnóstico como en la recolección de propuestas, se buscó invertir el dispositivo de las “epistemologías invertidas”, dando voz a los propios grupos.

A nuestro entender hubiese sido necesario profundizar esta estrategia, pensando en cupos de grupos discriminados para la elaboración del Plan Nacional contra la Discriminación. Sin embargo, el Plan constituye una excelente herramienta que funciona en los hechos como el “piso mínimo” desde el cual estamos pensando la política antidiscriminatoria en nuestro país y que otorga un fundamento teórico donde cimentar la acción de las políticas públicas del Estado. No obstante, el INADI aborda diversas y amplias problemáticas de la discriminación y en cada temática poseemos foros de la sociedad civil que acompañan nuestra gestión, y que están liderados por miembros de los grupos vulnerados, actores activos del proceso de transformación social y cultural.

Esta operación, en apariencia simple, la de dar voz a los propios afectados y afectadas, no es una empresa sencilla, en el momento que se exige un esfuerzo de diálogo, reflexión y contraposición de posiciones. En este sentido, es vital el aporte de un pensador como Habermas, quien con sus reflexiones en torno a la ética del diálogo y la responsabilidad, nos convoca a tomar como punto de partida de toda acción individual, colectiva, pública o privada, el diálogo de y con aquellos y aquellas sobre los que impactamos de manera directa o indirecta.

En este marco, el aporte de los movimientos sociales, grupos y toda forma de agrupamiento resulta vital, más teniendo en cuenta que en los últimos tiempos los discursos políticos han privilegiado la producción de movimientos sociopolíticos que hacen de las diferencias culturales, genéricas y sexuales el punto de apoyo de agendas reivindicatorias.

Este “dar voz” debe ser acompañado con otra estrategia que estamos implementando: “empoderar y abrir la gestión”. Estamos convencidos y convencidas que la articulación de los lugares de decisión con el *expertise*, las capacidades y la participación real y efectiva de los grupos, abre la posibilidad de poner en acción formas éticas de maridar el Estado con la sociedad civil.

Valga como ejemplo, que nuestro Instituto hizo formar parte de la Delegación Argentina en las negociaciones de la Revisión de la Conferencia de Durban, a personas afrodescendientes e indígenas por primera vez en la historia institucional de nuestro país. Y esto no fue sólo un gesto, sino que los resultados están a la vista en el acuerdo alcanzado por América Latina para re-ver la Conferencia, ampliando los alcances de este instrumento internacional e incluyendo tipologías de discriminación que antes no eran consideradas.

Por todo lo dicho, podemos concluir que la relación entre conocimiento, responsabilidad, no violencia y diversidad forma parte de una fórmula que exige de nosotros y nosotras de una dosis de valentía política, creatividad, escucha y autotransformación, como modo de comenzar a diseñar esa sociedad y esa nación en la que vivir en igualdad y convivir en diversidad no sólo sea un deseo lejano, sino parte de una construcción dialéctica diaria hecha con alegría. Los nuevos conceptos de democracia y participación hoy se ven completados, enriquecidos y beneficiados con la inclusión de nuevos actores sociales, que históricamente estuvieron invisibilizados y que hoy comienzan a ejercer sus justos derechos y a ocupar sus espacios para la construcción de una sociedad no violenta, inclusiva, participativa... para todos y todas.

Muchas gracias.